

**Miguel Ángel Tenreiro**

**Puede ser una  
oportunidad**  
*otros relatos y  
microrrelatos reunidos*  
**(2020-2010)**



**Puede ser una  
oportunidad**  
*y otros relatos*  
*y microrrelatos reunidos*  
(2020-2010)



# Puede ser una oportunidad

## I

Ernesto se había tomado un fin de semana en la costa antes de incorporarse al nuevo trabajo. A pesar del frío nadó unos metros mar adentro. Cuando la enorme cabeza asomó, lo fascinaron los reflejos rojizos del agua chorreando por los mechones y creyó que estaba emergiendo del mar una enorme estatua de bronce. El lobo marino abrió los ollares en inspiración y se sumergió. Ernesto nadó despacio hacia atrás. Cuando la cabeza salió lejos, nadó fuerte hasta que hizo pie, dominando el impulso de correr. Desde la playa observó al lobo convertirse en un punto. “Qué lobazo”, se dijo, “macho viejo expulsado de la colonia”.

Cenó temprano en una pizzería, el micro salía a la mañana. Una chica se sentó a su mesa. “Soy Dora, te estuve mirando, te elegí”, le dijo. Sexo rápido, promesas de reencuentros e intercambio de números. El mismo día de su vuelta, empezó a trabajar en la constructora. Le decían que las comisiones eran importantes, y quedaba claro que no le iban a pagar sueldo. Intentó arrimarse a un tipo que, bastante mayor que él, estaba en ese trabajo desde meses atrás.

Bengochea vivía de su taxi, y cuando tenía tiempo trataba de hacer negocios. Él lo ahuyentó un par de veces, contestando su saludo con una sonrisa torcida, de amenaza. Un día en que coincidieron saliendo de las oficinas, vio a Bengochea subir a su taxi e intentó de vuelta.

—¿Salís derecho por ésta?

Bengochea asintió.

—¿Me tirás más adelante?

Bengochea sonrió torcido y abrió la puerta del acompañante. Cuando Ernesto estaba con un pie en el coche y otro en la calle

Bengochea salió arando y Ernesto cayó. Justo antes de la maniobra, le pareció oírlo decir algo. Mojado con el agua del cordón, se mantuvo alerta e inmóvil, esperando otro golpe desde la nada.

## II

Esta vez, Bengochea estaba mejor preparado, porque ya había hablado varias veces con Don Omar y sus vecinos. La constructora había comprado y tirado abajo las casas aledañas, con la seguridad de que transaría. Tocó apenas el timbre y esperó. No iba a volver a irritar a Don Omar, que en algún momento asomaría la cara, y desde adentro le llegaría un olor que no podía nombrar pero exigía aguante.

—¿Qué tal Don Omar? El triple de lo que vale, con el tiempo que quiera para mudarse. Yo lo ayudo a encontrar una casa mejor. Le va a quedar un toco para disfrutar.

—No me interesa.

—Si le ofreciéramos diez veces el valor, ¿tampoco?

—Tampoco.

El viejo cerró la puerta y Bengochea escuchó unos ruidos que le hicieron pensar que había puesto una tranca. “Historia repetida”, pensó observando la propiedad rodeada de lotes arrasados. Caminó alrededor de la casa, tenía que haber una solución, si no, la constructora revendería los terrenos. Para un productor a comisión, era todo pérdida.

Un chillido agudo lo distrajo. En una depresión tras un arbusito vio tres gatitos. Levantó un pedazo de loza, y se la dejó caer. La

sangre le salpicó los zapatos. “Viejo de mierda”, pensó, “no me vas a cagar”. Se sintió observado, y concluyó que la gata andaba cerca. Volvió a la puerta de Don Omar y se pegó al timbre. Cuando el viejo se asomó, Bengochea metió el pie. Entonces Don Omar abrió y le hizo un ademán para que pasara. “Tarde para amabilidades”, pensó Bengochea.

Hasta la billetera tenía el cuerpo decapitado que dos días después apareció al otro lado de la ciudad. “Alguien se puso a jugar a la revolución francesa”, comentó uno de los cronistas. Solo la de Martínez había visto entrar a Bengochea a esa casa. Ella había sido su fuente de información. Se había ganado una propina, pero más la había impulsado su odio hacia Don Omar. Muchos años atrás, cuando estaba de novia, Don Omar le había dicho un piropo bastante atrevido para la época: “Adiós, corazón de arroz, si me das un besito, me caso con vos”, pero le había cambiado el final diciendo: “...te parto en dos”. Ella le había hecho jurar a su novio que lo mataría. Su novio se lo había prometido, y siguió haciéndolo durante los 50 años de matrimonio. “¡Cochino hijo de puta!”, le había gritado la de Martínez a Don Omar cada vez que lo cruzaba.

En la constructora no sabían si Bengochea había hablado con Don Omar. Mandaron a Ernesto, que incómodo en su saco berreta, se estremeció ante el caserón. “Parece un ataúd gigante”, pensó. Cuando Don Omar atendió, le ofreció el triple, y conteniendo la respiración por un tenue olor que traía espanto, veinte veces más, antes de que le cerrara la puerta en la cara.

—Tardaste —le reprochó el Gerente horas más tarde.

—El viejo es una piedra, negocié, negocié y negocié, pero no hubo caso.

—Negociaste.

—Al final, perdido por perdido, ofrecí veinte veces más para ver qué pasaba.

El Gerente sonrió:

—¿Y?

—Imposible.

El Gerente se concentró en sus papeles y dijo:

—Bueno, vendemos, recuperamos y listo.

Ernesto asintió:

—Es lo mejor.

—Tomátelas —dijo el Gerente sin levantar la vista.

Caminando hacia su casa, le salió al encuentro Don Omar y tendiéndole un cuadrito le preguntó:

—¿Le gusta?

Era un cartón viejo, con la burda pintura de un teléfono de disco, con el auricular colgando del cable. Una mierda que no servía ni para quemarla.

—¿Lo pintó usted?

Don Omar asintió. Ernesto siguió:

—No lo puedo creer, no encuentro palabras...

Se concentró tratando de que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Don Omar lo interrumpió:

—Son veinte pesos.

—Si tuviera 20 millones, también se los pagaba.

Don Omar le arrebató el billete y se fue. Pasaron los días, y en la constructora no se definía su situación, así que dejó de ir. No había ganado nada, y encima Don Omar le había afanado 20 pesos.

### III

Recién juntado con Adelita, tenía que conseguir rápido un laburo. Ella le tendría paciencia mientras no le cantara: “Si Adelita se fuera con otro...”, y mucho menos con la entonación del negro. La primera vez que se acostaron, con un pedazo de cable había trenzado un barrilito al que los boy scouts llamaban “cabeza de turco”. Desde

entonces Adelita se lo exigía antes de encamarse y no admitía que los tuviera preparados. Ella metía el dedo usándolo a modo de grotesco anillo, y tenían sexo tranquilo pero bueno. Después lo guardaba, tenía una bolsa llena, que Ernesto no podía tocar. Así que mantenía una provisión de soguines en la mesa de luz. No entendía si esa previa la excitaba o servía para evitar un abordaje directo pero no había vez en que, trenzando, Ernesto no maldijera al scoutismo.

## IV

Meses después, al ver que la casa de Don Omar seguía rodeada de baldíos, volvió a hacer un intento. Ya no trabajaba en la constructora, pero si tenía éxito la comisión se la pagarían igual. Por suerte había conservado el cuadrito. De la casa salía un tipo más o menos de su edad junto con el olor.

Ernesto le dijo:

—¿Está Don Omar?

—Murió —dijo el tipo mientras cerraba la puerta.

—¿Sos el nieto?

—No —le contestó alejándose.

Ernesto lo siguió:

—Le compré un cuadro hace un tiempo.

—¿Qué? —se sorprendió el tipo.

Ernesto no desperdició la oportunidad y mostrándole el cuadrito siguió:

—Querría cambiártelo por otro, no me gusta que el auricular esté así, colgando del cable.

El tipo se quedó mirándolo, y Ernesto quiso hacerse el simpático:

—Me llamo Ernesto, pero mi viejo me dijo tantas veces “boludo”, que a veces me olvido.

El tipo asintió en vez de reírse, y Ernesto lo apuró:

—Si no me lo podés cambiar, te compro otro.

El tipo le manoteó el cuadrito y entró a la casa. El olor le llegó otra vez. Al rato, asomó un brazo tendiéndole otro cuadrito, y cerró. La pintura era también de un teléfono y tan mala como la anterior, pero el auricular estaba colgado. En casa lo observó de cerca y de lejos, largo rato. Básico, pintado en grises opacos, lo apoyó en un mueble pensando que esa noche lo ponía en la basura. Pero no podía dejar de mirarlo cada vez que pasaba. Lo llevó a la cocina, y lo apoyó detrás del tacho de basura con la imagen hacia la pared. Varias veces se descubrió sosteniendo el cuadrito con el brazo extendido. Iba a la cocina para eso, lo dejaba y volvía a ir.

Lo restituyó sobre el mueble. Volvió a verlo de lejos y de cerca, dejó que la vista se desenfocara sobre la imagen. Apagó la luz y lo observó con una linterna, con una vela, en la oscuridad. Adelita le gritó por algo que había dejado de hacer, y él se dio cuenta de que había estado horas mirándolo. Se le ocurrió que no era la imagen, que tal vez fuera el fondo. Al rato concluyó que no, no estaba allí, pero le llegaba. Le dieron ganas de contarle a Adelita, pero no sabía qué. Quizás no fuera el cuadrito, quizás fuera él. Esa noche, se durmió pensando que el cuadrito lo observaba desde una ausencia. Despertó pensando en el cuadrito del auricular descolgado. No lo había observado como a éste, y se preguntaba si produciría el mismo efecto. Colgado o descolgado, o los dos o ninguno. Adelita estaba enojada:

—¡Boludo! ¿Cuántas horas más vas a mirar esa mierda?

Le sonrió y estuvo a punto de cantarle. Colgó el cuadrito, lo miraba cada tanto, no como antes, unos minutos le bastaban. Pasaron algunos años, hasta que un día, en un impulso descolgó el cuadrito y fue hasta lo de Don Omar. Habían vuelto a construir una casa al lado y también construían en el lote de atrás. Lo atendió el mismo tipo que antes. Mostrándole el cuadrito, le dijo:

—¿Te acordás de mí? Me parece que me equivoqué al cambiártelo. ¿Me venderías el otro? O si no...

—Me llamo Sergio y no vendo cuadros.

Y arrancándole el cuadrito de las manos se metió en la casa, salió segundos después con el otro, se lo entregó y le cerró la puerta en la cara.

En su casa, Ernesto colgó el cuadrito y lo miró. No le encontró cualidades estéticas, pero en su falta de técnica y mal gusto, supo que el pintor había puesto todo de sí, que era auténtico. Mirar el cuadrito, lo tranquilizaba sin atontarlo. Hubiera querido poner los cuadros lado a lado, así que dejó pasar un tiempo y volvió. Apenas Sergio se asomó a la puerta, aguantó la respiración y le pidió que le vendiera el otro cuadrito. Él se negó con la cabeza cerrando los ojos, y no los volvió a abrir.

—Los quisiera juntar —dijo Ernesto.

—No pueden juntarse.

—¿Por?

—No puede estar el teléfono colgado y descolgado al mismo tiempo.

—Son dos imágenes, el teléfono en realidad no está.

—Y si no está, ¿para qué lo quieres? —dijo Sergio cerrando la puerta.

Pasó bastante tiempo hasta que Ernesto volvió a cruzarse con Sergio, que caminaba llevando un par de bolsas. Apartando apenas una cortina, los espiaba desde enfrente la de Martínez. Acoplándose a su andar, Ernesto dijo:

—Sergio, ¿podemos hablar?

Él negó con un gesto y siguió caminando.

—Me cambiaste un cuadrito que le había comprado a Don Omar.

Él asintió con un gesto y siguió caminando. Ernesto dijo:

—Me quedé con las ganas de tener los dos cuadritos.

Sergio paró en seco, haciendo seguir de largo a Ernesto y dijo:

—No pueden estar juntos.

Apuró el paso apretando las manijas de las bolsas, y entró a la casa. “Me voy a tener que resignar”, pensó Ernesto, “como los de la cons-

tractora”. Por primera vez sintió aversión hacia él. Pensó que debía salir de la casa solo para hacer las compras, pensó que tendría hábitos inamovibles, y lo confirmó cuando volvió a verlo una semana después, a la misma hora, llevando las dos bolsas. Podía anticiparlo. Lo sintió como una victoria contra su indiferencia y decidió no hacer nada. Se había vuelto serio y los cuadritos lo habían ayudado. Recordaba su pasado como si fuera de otro.

Un día, observando su cuadrito, le pareció que el auricular estaba sobre la horquilla. Se sobresaltó y se acercó para verificar que colgaba del cable. Los grises opacos estaban más tristes, y supo que había dejado de hacerle bien, que le había servido como un bastón que cuando no se necesita, estorba. Durante unos años, observó a Sergio en su caminar apresurado, cada vez más encorvado. Le adivinaba las canas amarillas, el olor de la casa, los ojos en vigilancia mecánica, la conversación imaginaria. “No usa el cuadrito”, pensó. “no sabe”. Un día, Ernesto dio vuelta el cuadrito, y se dio cuenta de que era lo mismo el anverso que el reverso, o no mirarlo, y lo quemó sintiendo que lo liberaba como si fuera un pájaro. No le prestó más atención a Sergio. No le interesaba un tipo que se gasta encharcándose en la mente, con ese olor a tiempo quieto que ocultaba algo siniestro.

## V

Don Omar había sido muy sociable con los vecinos. Juntaba cosas viejas y regalaba sus acuarelas en cartones o maderitas curvadas. Los vecinos las guardaban porque Don Omar revisaba la basura.

Sergio era muy distinto, no pintaba ni regalaba nada, no juntaba basura, había limpiado la casa y no se detenía a hablar con nadie. La tranquilidad que necesitaba, la obtenía de hacerse invisible. No podía imaginar que hubiera persona tan estúpida como

para pagar por uno de esos cuadritos. La ventana de la sala daba a la calle y ante ella Sergio tenía la impresión de estar afuera. Al pasar, la gente se miraba en el reflejo. Si tenía suerte, alguna chica se detenía unos segundos.

A veces se deprimía, entonces dedicaba horas a bañarse, afeitarse y vestirse bien. Se entretenía, porque no necesitaba trabajar para vivir, no tenía ocupaciones aparte de cuidar la casa. Después de la última conversación con Ernesto, Sergio observó con atención el cuadrito. Don Omar había dejado una pila, pero solo dos tenían un teléfono pintado, uno lo tenía él, y el otro Ernesto. Por un momento se inquietó, pero finalmente desechó todo interés y lo colgó frente a la mesita del teléfono que nunca sonaba. Quedaron frente a frente dos teléfonos, imagen y realidad.

## VI

Pasaron los años, y Ernesto se reencontró con Miguel. No sintieron que el tiempo hubiera afectado su amistad y siguieron viéndose cada tanto en el café. Miguel era un hombre de armas y determinaciones. Lo había sido de joven, y como las personas no cambian, así seguía. En una de las charlas le había comentado que había matado a un delincuente que andaba jodiendo por el barrio. Ernesto creyó entender que Miguel tenía miedo de volverse loco, o de convertirse en aquello que quería destruir si entraba en una zaga justiciera.

En las sucesivas charlas, Miguel le contó que lo había superado tomando una decisión. No le dijo cuál, solo que debía estar atento a sus pensamientos porque le darían la señal. Lo interesante era que esa atención lo había alejado de su insatisfacción con el mundo. A Ernesto le impresionó el paralelismo con su cuadrito, y se lo comentó.

Miguel sonrió:

—¿Pensaste en matar a Sergio?

—No, si soy más inofensivo que una paloma muerta. Me extraña esta distancia que me aísla, pero me da algo a lo que no quiero renunciar.

Quiso decir algo más, pero terminó en un gesto impotente. Miguel asentía.

## VII

Cuando Don Omar murió, la de Martínez había visto a Sergio ocupar su lugar, y sabía que no era el nieto. Le había transferido su odio por la afrenta sufrida tantos años atrás, y al ver a Sergio hablando con Ernesto, le había extendido también a éste su odio. Se sentía traicionada, ella había conocido a las madres y abuelas de Sergio y de Ernesto, y con ellas le habían sacado el cuero a todo el barrio. “Así que te parto en dos”, pensaba la de Martínez, “marranos, hijos de puta, den gracias a Dios que mi marido no está”.

A pesar de que su marido no había sido un santo, ella lo extrañaba. Era un poco bruto. Desde la primera noche, había sido siempre igual: se le tiraba encima, la buscaba con torpeza, bombeaba un poco y se dormía. Entonces ella lo hacía rodar a un costado y podía dormir tranquila. No lo extrañaba porque lo hubiera querido, lo extrañaba porque era lo que correspondía. Que el puerco de Don Omar se la hubiera llevado de arriba, la hizo tomar la iniciativa. Se cruzó, le tocó el timbre a Sergio y le dijo:

—Quiero ponerte sobre aviso, vos sos un buen vecino, no le andás faltando el respeto a la gente como otros que yo sé, en fin, ojo con ese tal Ernesto. Lo vi tratando de treparse por la pared.

Sergio cerró la puerta temblando y la de Martínez gritó:

—¡Si se mete en tu casa matálo, podés matarlo, lo dice la ley!

## VIII

Ernesto hacía tiempo en el café, cuando una adolescente se sentó a su mesa mordisqueando un tostado y le dijo:

—Te estuve mirando.

—Me pareceré a algún actor.

Ella negó y siguió comiendo, Ernesto esperó. Ella miró hacia la calle, y alguien se retiró de la vidriera. Ernesto no pudo ver más que un bulto. Ella corrió tras esa persona. Si había sido una estrategia para hacerle pagar, aunque demasiado elaborada era interesante. Si lo había usado para darle celos a otro, halagador.

## IX

Ernesto caminaba tranquilo. Una gorda venía por la vereda en un ciclomotor con la suspensión vencida. Vestía un conjunto deportivo blanco, y un casco rojo le ocultaba la cara, como la cereza de una torta gigante. Al pasar le descargó un cadenazo que Ernesto recibió dándose vuelta. La torta gigante escapó sin inconvenientes. Tuvo que contarle a Adelita, inclusive lo de la chica en el café.

Ella interpretó:

—Alguien te vio con la pendeja.

—Pero no hice nada.

—Porque no pudiste.

—Ni la conozco.

—¿Y por qué no me contaste antes?

—Pensé que era una loca.

—¿Y el tipo ése, tan raro?

—¿Quién?

—El que está viviendo en la casa de Don Omar.

—Nada que ver.

—¿Y un novio?

—¿Un novio de quién?

—¡De la pendeja!

Ernesto suspiró entregado. Cuando se produjo el segundo ataque, tuvo que hacer la denuncia. Desde un autito destartado, le erraron dos veces con una 22. Los policías insistían en que debía tener algún enemigo, un conflicto con un vecino, un amorío. No podían hacer nada sin una hipótesis. Él tampoco. Los policías creían que la cuestión no era tan peligrosa y que Ernesto no decía todo.

Pocos días después, una tuerca en trayectoria tendida rozó la cabeza de Ernesto. No llegó a ver la ventana de la de Martínez cerrándose, y al llegar a su casa, se llevó una asquerosa sorpresa. Le habían embadurnado la cerradura con mierda. Se sintió aliviado, lo reconoció como el recurso de una vieja rencorosa. Tenía la punta del ovillo.

## X

Días después, Adelita le dijo que no le importaba lo de la pendeja, que de todas formas su relación ya no daba para más, que patatín, que patatán. Se llevó sus cosas, y le dejó arriba de la cama una gran bolsa llena de “cabezas de turco”. Ernesto estuvo tentado de contarlas, pero ató la bolsa y la sacó con la basura. Al salir a la mañana se patinó en el umbral. “Me podría haber desnucado”, pensó examinando la prolija extensión de aceite. Al volver del trabajo, le tocó el timbre a la de Martínez. Mientras esperaba miró la casa de Don Omar. No había vuelto a ver a Sergio, pero la camioneta del supermercado bajaba mercadería. “Ya ni sale”, pensó.

Tocó varias veces más el timbre, golpeó la puerta y gritó:

—Vamos señora, quiero hablar con usted.

Vió movimiento en la cortina, y se arrimó a la ventana:

—Por favor, hablemos.

Nadie lo atendió.

Más tarde en el café, Ernesto reflexionaba en voz alta:

—No sé qué hacer.

Cuando se le pasó la risa, Miguel le dijo:

—Puede ser una oportunidad.

Pero Ernesto no contestó, y Miguel lo acompañó en el silencio.

## XI

Unos días después, Ernesto se encontró con Adelita. Tenían que intercambiar algunas cosas y ella le preguntó:

—¿Cómo anda la pendeja?

—Si la separación fue por eso...

—Nuestra relación estaba desgastada —lo interrumpió Adelita.

—Igual, por si te interesa, con la pendeja nunca pasó nada.

—Qué triste.

—¿Que triste qué?

—La de Martínez me contó todo.

—¡La de Martínez es una vieja chismosa que no tiene nada que hacer! Yo nunca tuve nada que ver con la pendeja, ni siquiera sé quién es.

—Por eso.

—¿Por eso qué?

—No se puede ignorar a una hija... Dale, ya sé que es la hija que tuviste con Dora, me lo contó la de Martínez.

Ernesto recordó su encuentro con Dora en la costa. Le tomó un minuto organizar la información en su cabeza. Adelita lo esperó ese minuto y siguió:

—La de Martínez me dijo que nunca quisiste reconocerla.

—Yo ni siquiera sabía que esa chica existía —dijo Ernesto tratando de dominarse, y enseguida, arrepintiéndose mientras lo decía agregó:

—Y no me consta que sea hija mía.

—Decí lo que quieras, hacé lo que quieras, yo ya no tengo nada que ver con vos.

Ernesto fue hasta la casa de la de Martínez, tocó el timbre y golpeó la puerta:

—Abra, abra que tenemos que hablar.

La de Martínez abrió apenas la ventana, y por la rendija le gritó:

—Vállase o llamo a la policía.

A Ernesto empezaba a pasársele la furia:

—Si me voy sin que hablemos, la voy a llevar ante la Justicia.

La vieja encogió los hombros varias veces sacando el labio inferior para afuera:

—¿Y a mí qué se me importa?

Cerró la ventana, y Ernesto preguntó a los gritos:

—¿De dónde sacó que Dora tiene una hija conmigo?

La de Martínez abrió la ventana un poquito y por la rendija contestó:

—Me lo dijo ella.

Y cerró.

—¿De dónde la conoce? —preguntó Ernesto hacia la ventana cerrada.

Se abrió una rendija:

—Me encargó que lo vigilara.

Y se cerró.

Ernesto se quedó pensando. Se volvió a abrir una rendija:

—Guachos de mierda, son todos iguales, den gracias a Dios que no está mi marido.

Y se cerró.

Ernesto comenzaba a entender y preguntó hacia la ventana:

—Dora, ¿está muy gorda?

La rendija se abrió:

—Un tanque australiano.

Y se cerró.

—¿Tiene un auto muy viejo y chiquito?

Se abrió la rendija:

—Ajá.

Y se cerró.

—¿Por casualidad, tiene también un ciclomotor destruido?

Se abrió la rendija:

—No por casualidad.

Y se cerró.

—Pero la mierda en la cerradura, el aceite en el umbral y el tuercazo, son cosas tuyas —afirmó Ernesto.

Se abrió la rendija:

—¿Y a mí qué se me importa?

Y se cerró.

—Dígale a Dora que quiero hablar.

La rendija no se abrió.

—Usted se metió en mis asuntos.

Se abrió la rendija, y la de Martínez le hizo una seña grosera con el dedo.

## XII

Pocos días después, en el café, la pendeja volvió a sentarse a la mesa de Ernesto.

—Te estuve mirando —le dijo.

—Y sos la hija de Dora.

Ella asintió.

—Y supongo que creés que sos mi hija.

—¿Es posible?

Él suspiró.

—A ella le gustan las mujeres, pero la de Martínez me contó que...

—¿La de Martínez otra vez?

—Solo tenía curiosidad —la pendeja levantándose.

—Tu vieja...

—Ya le hablé, no te va a molestar más.

Ernesto no estaba ni la milésima parte de nervioso de lo que hubiera esperado, y aunque se había alterado por momentos, se recomponía rápido. Algo relacionado con el cuadrito había sucedido en él. Cuando pensaba en la de Martínez, le daban ganas de matarla, pero enseguida cambiaba y hasta le resultaba simpática. Fue a verla, pero en un impulso cruzó hasta la casa de Don Omar. Apenas llegó, Sergio corrió la cortina y le señaló la puerta. En segundos, asomó medio cuerpo:

—Te quisiste meter en mi casa.

—¿Qué? Estás loco, ¿para qué iba a meterme en tu mugrienta casa?

—Si quieres te doy el cuadrito.

—Ya no me interesa.

Sergio se tambaleó:

—La de Martínez te vio trepando la pared.

—Te mintió.

Sergio se quedó ausente. Tenía un tic bajo el ojo izquierdo, y chocolate en las comisuras de la boca. Entonces se despabiló y entró, sin preocuparse ya por ocultar la escopeta. Por la mañana, al salir de su casa Ernesto encontró una notita: “lo espero en la ventana”. La firma era muy larga e ilegible, con una “Z” al final. Él fue y dio unos golpecitos en el vidrio. Se abrió la rendija:

—Lo vi con Sergio.

Y se cerró.

—Amenazó con matarme, ¿por qué será?

La de Martínez asomó la cara, le sacó la lengua y cerró.

Ernesto sonrió cansado:

—Bueno, me voy.

Se abrió la rendija:

—¿Quiere la paz?

Y se cerró.

—Sí claro, quiero la paz.

La rendija se abrió y pasó un papelito con la palabra “PAZ”. Abajo, la misma firma que en la notita. Ernesto sacó una lapicera y puso su gancho. Mostró el papelito hacia la ventana. La rendija se abrió, Ernesto lo pasó y la rendija se cerró. Esperó un par de minutos, y dio unos golpecitos:

—Quiero una copia.

La rendija se abrió:

—¿Y a mí qué se me importa?

Y se cerró.

## XIII

Meses después Ernesto se enteró que la de Martínez había muerto. Con ella había tenido una guerra personal. “Cuando la gente no tiene dramas, se los inventa”, le había dicho Miguel al irse del café.

Recordó la tuerca rozándole la cabeza, e imaginó a la vieja enfurruñada, guardando la gomera en el bolsillo del batón. Había sido una contrincante formidable. Entonces, Ernesto vio a la pendeja sentada al otro lado del salón, haciéndose la distraída. Recordó que en algún momento Miguel le había dicho “puede ser una oportunidad”. Fue hacia ella, y antes de sentarse le dijo:

—Te estuve mirando.

# Desengaño

**D**esde la oscuridad se oía como una canilla abierta. El oficial ayudante Clito esperaba de espaldas. La inspectora Retama jadeó arreglándose la ropa.

—¿No espíaste, no?

—¡No inspectora!

—Te lo perdiste boludo —dijo ella dándole una palmada culera que lo hizo trastabillar.

Clito siguió la silueta gordulenta de Retama, ocupó el asiento del acompañante y se ajustó al mango el cinturón. Ella puso la sirena y zigzagueando en el tráfico le dijo:

—Boletearon un tipo.

—Homicidio, ¡alta investigación!

—Escuche bien ayudante, o los casos se resuelven solos o se hace un informe bien gordo, se lo deja añejar y al archivo.

Clito la espío de reojo y ella siguió.

—No podemos hacer quedar mal a los cumpas, ¿la cazás?

Varios autos esperaban en el semáforo. Ella terminó de frenar con un topetazo al último. El conductor se bajó a las puteadas. Retama le mostró la pistola y el tráfico se reanudó.

Ella dijo:

—Está bueno que seas respetuoso, pero podríamos pegarnos una revolcadita.

Clito se resignó al silencio y Retama largó una bruta carcajada. A lo lejos se divisaron las balizas policiales. Ella metió pata y al llegar clavó los frenos dándole un topetazo a uno de los patrulleros.

—¡Siempre lo mismo! —se quejó el comisario.

Retama se asomó.

—¿Qué hay?

—Todo tuyo —dijo él señalando una puerta.

Adentro, un montón de policías chupaban cerveza. Ella barajó una lata en el aire y la abrió salpicando. Dos tipos de civil se le acercaron.

El más alto y flaco le dijo:

—¡Estaba la heladera llena! ¿Y éste?

—El oficial ayudante vino a curtirse —y señalando a sus hombres le dijo a Clito:— Este es el Tuerto y este Calzo, sargentos de mi confianza.

—¿No hay mujeres en el equipo?

—No me banco a las mujeres —dijo ella, y se bajó la cerveza chorreándose el cogote mientras el Tuerto informaba: —Un tiro en el pecho, diecisiete vainas servidas, no se afanaron nada.

Ella eructó dejando caer la lata.

—Para mañana quiero una montaña de papeles. Si hace falta copien el Quijote. Y quédense con el pibe.

Saliendo se paró en seco. Un arrastre de sangre terminaba en un bulto peludo.

—¡Me olvidaba! —dijo el Tuerto. —Cagaron matando al perro también.

Calzo se rió y ella lo fulminó con un gesto.

—¡Vengan!

Los sargentos y Clito la rodearon.

—Vamos a investigar —les dijo.

Los sargentos se miraron con la boca abierta.

—Vos —señaló al Tuerto—, controlá que la científica no la cague. Quiero plomos, huellas, análisis. Vos —a Calzo—, que le hagan la necropsia al perro. Vos —a Clito—, hacé lo que ellos digan.

Los sargentos semblantearon a Clito que se mordía los labios.

Por la mañana Calzo pasó a buscarlo. Le contó que el Tuerto era ciego de un ojo pero que igual manejaba y tiraba. Y que a él le decían Calzones porque se desmayaba con los disparos. Y como Clito lo miraba raro agregó:

—Cada uno tiene su personalidad.

Se reunieron en la oficina de la inspectora.

El Tuerto abrió una libretita.

—Víctima pendiente de identificación. Causa del óbito: herida por arma de fuego. Punta del nueve recuperada que atravesó el esternón, el corazón, estalló la quinta torácica y seccionó la médula. Llevaba muerto un par de horas. Creo que murió en el acto —terminó torciendo la boca.

—Ahí nomás —reafirmó Calzo.

—See —dijo la inspectora.

Calzo se revisó los bolsillos y sacó un pedazo de papel de envolver con manchas aceitosas.

—La segunda víctima se llamaba Mierdita. Según una vecina, el occiso lo había recogido de la calle unos meses atrás y debía su nombre a un libro. Óbito, también por un disparo del nueve que le entró sobre la articulación escápulohumeral izquierda, atravesó en diagonal el tórax y el abdomen como cuchilla de licuadora y quedó bajo el cuero. Es la misma pistola con la que mataron al... al tipo. La misma.

—¿Por qué cuchilla de licuadora? —preguntó ella.

Calzo pidió tiempo con la mano y dio vuelta el papel.

—Rebotó en el piso achatándose y adquirió una trayectoria errática —terminó haciendo arabescos con un dedo.

Ella lo miró de coté.

—Nunca te había oído hablar tanto. ¿Y el ayudante cómo anduvo?

Los sargentos pusieron cara de asco y el Tuerto dijo:

—Es lo que hay.

Clito se sonrojó y se le cagaron de risa. Cuando se calmaron ella dijo:

—Contraorden: armen el matete de costumbre para el archivo. El perro se ligó un rebote.

—Pero la intención estuvo —se quejó el ayudante.

Retama negó con la cabeza.

El Tuerto dijo:

—Oficial ayudante, ¿listo para copiar el Quijote?

A Clito se le cortó la respiración y Calzo fue a buscar un informe viejo para cambiarle la carátula.

Al rato la inspectora los volvió a llamar.

—Contraorden, a investigar.

El Tuerto protestó.

—¿Otra contraorden?

—Sería una contra contraorden. ¿Saben quién era la víctima?

—Estamos en eso —dijo el Tuerto.

Ella les contó que era el hijo de un diputado que había puesto un tocazo para la campaña del gobernador. Así que éste había llamado a la ministra de seguridad, ella al jefe de policía, él al jefe departamental, él al comisario y el comisario a ella.

—¿Vamos a llegar a la verdad? —dijo Clito.

Ella resopló mirando al cielo y les secreteó:

—Vamos a inventar una verdad. El fiambre era un culo roto. Tenemos que agarrar al asesino sin hacer quedar mal al diputado, ¿*capisce*?

Todos asintieron y ella siguió:

—Recuperen lo que ya habían hecho. Quiero las filmaciones de las cámaras de la zona durante la ventana horaria del homicidio. Y timbreen a los vecinos. Alguien tiene que haber oído los tiros.

Clito levantó la mano.

—Pudo haber usado un silenciador.

El Tuerto sacudió la cabeza.

—No fue un profesional.

—Ayudante —dijo la inspectora Retama —averígüeme por qué el perro se llamaba Mierdita.

Clito protestó:

—¿Qué importancia tiene eso?

Ella hizo un silencio volcánico y susurró:

—La que yo le dé.

Calzo suspiró:

—La gente no quiere colaborar.

Ella contuvo la respiración y cerró los ojos unos momentos.

—¿Y si ofrecemos una recompensa, Tuerto?

—No sé, con esta inflación galopante tendría que ser el equivalente a unos cinco mil dólares. El dólar está a mil.

Retama y los sargentos intentaron hacer la cuenta con sus celulares.

Clito los interrumpió:

—Cinco millones.

—¿Te va Tuerto? —dijo ella.

El Tuerto asintió y Clito preguntó:

—¿Quién va a pagar eso?

Se le rieron en la jeta.

Horas después el Tuerto informó.

—Una vecina escuchó los cohetazos y vio rajar a un tipo. La cámara de un negocio lo escuchó —terminó dándole una foto a la inspectora.

Calzo carraspeó y dijo:

—Ya lo habían visto con la víctima.

—¡Se conocían! —gritó Clito como si hubiera descubierto América.

Sus compañeros se miraron resignados. Balbuceando, Clito informó que había comenzado a rastrear en Internet algún libro sobre un perro que se llamara Mierdita. Ante el resultado negativo, había consultado con un profesor de literatura que tampoco sabía, pero le había recomendado un par de cuentos. Sus compañeros achinaron los ojos.

El ayudante susurró:

—Uno de Fogwill y otro de Laiseca.

Retama pateó el piso.

—Dejá esas cosas y olvidate del perro.

Al día siguiente la única novedad fue que Clito leía un libro de Abelardo Castillo. Los interrumpió una llamada. Los familiares de la víctima habían identificado la foto y decían que lo acovachaba la abuela.

Salieron de raje. Al llegar Retama golpeó la puerta.

—¡Abra, policía!

Por la raja de la ventana salió una manito temblorosa y vació el tambor de un veintidós del año del pedo. Retama y el Tuerto se tiraron al piso. Calzo se desmayó. Clito manoteó el arma, pateó la puerta y se encontró frente a una vieja que le gritó:

—¡Devolvéme el fierro hijo de puta!

El Tuerto se mandó para el fondo. Previo cogoteo, Retama entró sosteniendo a Calzo y largando los bofes encaró a la vieja.

—¿Dónde está tu nieto?

Ella le hizo un corte de manga, pero el Tuerto ya lo traía esposado.

—Estaba debajo de la cama —les dijo.

Sirenas. Frenzazos. Montones de policías. Encontraron la pistola en un ropero. Retama los felicitó, mandó a Clito a su casa y se quedó con los sargentos para truchar el papeleo.

—Hoy, nos convertimos en héroes —les dijo entre risotadas.

Las siguientes semanas Clito anduvo con la mirada perdida, inoperante. Frente a su casa, una torcaza anidó sobre un manajo de cables que atravesaban la copa de un árbol. Todo desapareció con un temporal.

Retama se la veía venir.

—¿Leías de antes, no?

Clito no contestó.

Ella bufó mirando al cielo.

—¿Y ahora?

—¿Un traslado?

—Repórtese con el comisario.

Lo licenciaron. Se cruzó con los sargentos que no le dieron bola. Fue a ver al asesino a la cárcel y le preguntó por el nombre del perro. El tipo lo amenazó por joder a su abuela. Volvió con “El juguete rabioso” en un bolsillo. Lo recibieron con formularios. Le daban el despegue. Firmó y se quedó absorto ante una figurita de plástico sobre el escritorio. Era la representación de la Justicia, pero putona, con la venda caída y la balanza descuajeringada.

El comisario se rió.

—Regalo de un juez.

—Bueno —se desinfló Clito—. ¿Algo más?

—No soportaste —dijo el comisario.

—Averigüe.

—Al desengaño, al desengaño me refiero.

Clito se encogió de hombros.

El comisario le dijo:

—Hubiera sido mejor que continuaras...

—...como usted, como ellos.

No se dijo más y Clito se fue apretándose el bolsillo.

Retama atravesó una nube de cigarrillo y se sentó frente al comisario. Él le susurró:

—Hay que armar una brigada de giles. La va a comandar un tal Trapito.

—¿Ese boludo?

—Escuchá, escuchá —gritó él sin levantar la voz. Y le explicó que habían ascendido a Trapito para que no dependiera de ellos. Que le habían asignado un par de inútiles y que ella tenía que armarles casos para que salieran en la tele.

—¿Nada más?

—Lo manejás de taquito vos.

—No sé.

—Cuando pase lo que va a pasar, les asignan el caso para que pierdan diez o doce días. Treinta lucas verdes lo tuyo.

El silencio de Retama se hizo largo.

—Debe ser jodido.

El comisario se reclinó sobre el escritorio y ella lo imitó. Al oído le dijo:

—En dos meses matan al presi.

—¿Un diario?

—El dente.

Ella revoleó los ojos.

—Groso.

—Por eso —dijo él frotando los dedos grasientos contra el pulgar.

Retama estuvo unos minutos conteniendo la sonrisa. Al final se encogió de hombros.

—Rutina.

El comisario se relajó.

—Necesitamos sacrificar a uno más. Pensé en el Tuerto o Calzo.

—¡Ni en pedo!

—Resolvamos.

—El ayudante Clito.

El comisario torció la boca.

—¿El que se fue de baja?

—Mejor, es un oficial.

—¿Le metemos?

Retama asintió.

Clito caminaba por la vereda. Un auto rebotó contra el cordón y se clavó chirriando. Retama le gritó.

—¡Presentáte en la comisaría en dos horas!

—Pero...

—...los papeles se perdieron, desertor.

—Pero...

—Te mandé a una brigada de élite. Casos importantes. La maneja un capo.

—Pero...

—Pero un carajo. No te retobes porque te armo una causa y terminás en el pabellón de violadores de Sierra Chica.

Ella quemó gomas y él se quedó petrificado.

Clito encontró un ambiente relajado en la nueva brigada. Arrestaron faloperos, allanaron galpones vacíos y liberaron secuestrados por secuestradores fantasmas. Retama merodeaba. Él sospechó y encaró a Calzo, quien le exigió silencio con un gesto y rajó como de la peste. Los noteros se les abalanzaban. Trapito disfrutaba en una nube de pedos y él se avergonzaba acompañando. Cuando comprendió, disolvieron la brigada, congelaron a Trapito y dispersaron a los demás.

Retama entró como una tromba en la oficina del comisario.

Él se atajó.

—Cancelado.

—¿Cómo que cancelado?

—El Gobierno sintonizó con los grupos económicos.

—¿Y la guita?

—Ya fue.

—¡No tienen principios!

El comisario esperó a que le bajara la espuma y preguntó:

—¿Qué hacemos con el ayudante?

—Que vuelva conmigo.

—¿Segura?

Retama asintió y se fue puteando.

Clito se reincorporó y salieron de redada. Sorprendieron a unos tipos robando un auto. Intercambiaron disparos. Calzo se desmayó.

Los chorros rajaron. Clito quiso perseguirlos, pero Retama ordenó una alerta radial.

El Tuerto protestó:

—¡Si hubiera tenido un FAL!

Retama cabeceó hacia Calzo que yacía sonriente y despatarrado. Lo quisieron levantar. En vez de rígido y confuso, estaba flácido. No tenía signos vitales. Retama sacó la pistola de Calzo, la verificó y le disparó en el pecho. Se la tiró a un costado. Escarbó entre la espalda del cadáver y los adoquines. Sacó una moneda ensangrentada de bordes irregulares, se la guardó y se alejó dándoles la espalda.

El Tuerto le preguntó a Clito:

—¿Entendiste?

—El sargento cayó en el enfrentamiento.

—Ya sé —dijo el Tuerto —digo por qué.

—Entiendo. Pero hay detalles...

—...de la escena que van a analizar los nuestros —dijo el Tuerto.

—Me parece bárbaro —dijo Clito.

Retama se dio vuelta y por primera vez lo miró como a un igual.

El comisario y el Tuerto pasaron a retiro. A Retama la ascendieron. Clito fue a verla, le puso su pistola y credencial sobre el escritorio y los empujó hacia ella.

—Basta para mí —le dijo.

Ella suspiró, descargó la pistola y la rebotó en la madera. Dos tumbos secos.

—Pesa un vagón —dijo Clito.

—Hay boludos que se hacen polis por esto, pero si tenés cerebro pesa un vagón. ¿Qué vas a hacer?

—Vivir como pueda. Quería darle las...

—Rajá, turrito, rajá.

Clito buscó algún gesto que la delatara. Se fue sin nada. Con sonrisa triste saludó a gente que ya no cruzaría. Había sido uno más.

Aceptaba sufrir el mundo. El día lo hundía, ventoso de garúa densa. Era más difícil que antes la ida. Detuvo su caminar, no quiso mirar atrás. Voló un gorrión perdiéndose. Pensó en el “Facundo” que se había comprado, sin empezar todavía. Y retomó el paso.

## Tarda y tarda en pasar

**A**unque era tiempo de reconstruir o abandonar, quería dilatar sin excusas. El ofrecimiento de ir al pie de la Cordillera llegó justo. No estaba claro para qué me necesitaban, pero me habían acosado amablemente. Plata para ganar, tiempo para perder, y lo más interesante: irme. Sé de caballos y mulas, pero menos que otros. También de armas y no entiendo que les pareciera decisivo. De a miles hay mejores. Puedo ir, abandonar si no me gusta y perder lo que no me importa: dinero, prestigio, tiempo, lealtad. Elegir, nadie elige, pero les avisé y les pareció perfecto. Y ahora aquí, con investigadores del primer mundo, todos tan amables como si yo fuese importante. Cinco días en mula para llegar a un valle, con la raya del culo borrada y el hedor de los animales impregnado. Me habían advertido de lo difícil que se podía poner, del viento brutal y las interferencias electrostáticas, pero cuando llegemos a la posta del misterioso Hilario, me vuelvo.

Del francés que hablan entre ellos no entiendo nada. Dos años en el bachillerato para aprender “ferme la bouche”. Del inglés que intentan tampoco y no es su culpa. Tantas lecturas técnicas sin preocuparme por la pronunciación son infranqueables. Trajeron una traductora, la única mujer, que cuchichea con los franceses. Se baja los pantalones y en cuclillas mea donde le dan ganas. No la vi mascar tabaco ni coca, y aún así su saliva filante chasquea cada vez que abre la boca. Me molesta lo que no entiendo y aunque me resigno, toda pequeñez suma. Si quiero volver necesitaré ayuda. Calculé mal, siempre atrapado. No

vine a atender a los animales, no quisieron que trajera mi maletín. Tampoco vi armas. Yo traigo mi pistola en la mochila, y mi cuchillo, un “companion”, de hoja corta de absurdos 6 milímetros de ancho. Lo compré en Buenos Aires importado. Había visto por Internet a los yanquis usarlo de cortafierro.

Llegaremos a la posta en cinco días. No conozco a Hilario. Con ese nombre seguro que es argentino. Toda la expedición depende de él. Los franceses se muestran los teléfonos celulares, les dan golpecitos y gesticulan. Uno de ellos tiene un aparato metálico en una pierna. Nací durante la última epidemia de polio y me trae recuerdos. Encapsulado en mi ropa, me zarandeo durmiendo sobre la mula, que va sola al mismo ritmo que las otras. Conocen. A veces por el polvo no se ve a más de dos metros, a veces la vastedad me ciega. Al llegar no tengo ganas ni de alegrarme. Trago y duermo. Me queda la imagen de Hilario semblanteándose, y la sorpresa de su juventud.

“¿Ya nos vamos?”, pregunto al despertar. Me entero de que dormí dos días. La mujer les cuchichea a los franceses que ríen contenidos. Parecen menos, supongo que algunos se volvieron. En la posta no quedará nadie, así que a la mula. No sé si es la misma, para mí todas son las mismas. Delante va Hilario, y cada vez que mira a la mujer, ella les dice algo a los franceses. A la noche no se hace fuego. Nos protegemos en hondonadas y los franceses reparten comida. En la cintura, acaricio el cuchillo que nunca usé. Hilario me dice: “Saque la pistola”. Me pregunto si habrán revisado mis cosas. Me pide: “Haga un tiro”. No sé qué decirle e insiste: “Haga un tiro”. Todos están pendientes. “Uno solito”, dice. La saco y la cargo. Él señala hacia la oscuridad. El click me sorprende y para mi vergüenza me sacudo como si me hubiera pateado el retroceso. Hay una bala percutida en la recámara y la expulso. Con la siguiente pasa lo mismo. Miro a Hilario que levanta el índice diciendo “uno”. Así sigo con todas las municiones.

“Ahora sabe”, dice Hilario. “No sirve”, digo yo. “Aquí nada sirve”, termina él. Pienso en revolver la pistola pero la guardo. “Ahora sabe”,

le dice Hilario a la mujer, y ella se pone a cuchichear con los franceses, que me miran tristes. Amanece y seguimos. Me extraña, quedan tres franceses, uno es el del aparato en la pierna. Hilario se detiene, se eleva sobre los estribos y busca. Luego se para sobre la mula y mira con binoculares. Media hora tarda y tarda en pasar. Un punto en el horizonte viene. Media hora más tarda y tarda en pasar. Es una india, la esperamos y al llegar intercambia señas con Hilario. Él se va a los piques. La mujer les susurra a los franceses. “¿Qué pasa?”, le pregunto. Sin mirarme ella dice: “Le llevaron al hijo, sabe que está muerto pero quiere el cuerpo”. No pregunto, pero ella igual contesta: “Un colmillo, es lo que la india dice”.

Vuelve Hilario con un cuerpito, la india lo agarra y se va. Lejos, espera un indio sobre un petiso ancho y peludo, desarmado como nosotros. Voy a preguntar pero me contengo. De noche hacemos un fuego que no calienta. Solo queda el francés del aparato. Me duermo sentado. A la mañana seguimos. No comemos, no queda nada. A mediodía llegamos a una cañada. Buscan piedras chatas, las examinan y descartan. Hilario grita:

—¡Una!

Tiene la impronta de un caracol. Ya no pregunto para qué me trajeron, no hubiera podido ser de otra manera. Hilario encuentra algunas más. Pasamos la noche en la cañada. No hay con qué hacer fuego. No me importan necesidades ni deseos. A la mañana no está el último francés. “Se lo llevó”, dice la mujer. Montamos y la mujer nos despide sin gestos ni palabras. Cabalgamos más que media hora que tarda y tarda en pasar, hasta salir del valle. Encontramos medio francés, le comieron las piernas. Hilario inspecciona el cielo con los binoculares. Me los pasa y más alto que cualquier montaña veo dos puntitos haciendo círculos. “Cóndores”, me dice. “¿Bajarán?”, le pregunto. “Cuando estemos a 20 kilómetros”.

Cabalgamos mucho más que media hora que tarda y tarda en pasar. Oscurece, vamos hacia una mancha en la estepa. Un animal del

doble que un toro y colmillos descomunales, jadea inconsciente. Hilario me interroga. Razono en voz alta: “No pudo vomitar el aparato”. Luego le explico: “El del francés. Era de acero o titanio, y se clavó”. Me quedo inmóvil sin saber qué hacer. “El cuchillo”, me dice. Saco mi cuchillo, su hoja es insignificante ante la bestia. Me mira como si lo decepcionara. Voy a cortar la yugular y la carótida de un solo puntazo. No importa la dureza del cuero, el animal está inerte y puedo descargar mi peso. A lo lejos, Hilario desaparece. Apoyo y me tomo unos segundos. La bestia tiene la muerte en la mirada. Y yo también.

## Sin nada

Coquito andaba siempre con la cabeza inclinada sosteniendo una radio que no funcionaba pegada a la oreja. Me causó gracia la primera vez que le pregunté: “Cómo van”, y él me contestó: “Discúlpeme, pero no es de su incumbencia”, y desde entonces no pude dejar de preguntarle: “Cómo van”, para que me contestara: “Discúlpeme, pero no es de su incumbencia”.

Solo interrumpí nuestra rutina el día en que fui al entierro de su vieja. Al día siguiente no pude resistirme y le tiré mi: “Cómo van”, esperando recibir su: “Discúlpeme pero no es de su incumbencia”. Pero esta vez su respuesta fue: “cero y uno”. La nueva frase no tenía el tono que me había fascinado. De todas formas, cada vez que me lo encontré seguí con mi: “Cómo van”, y él con su: “cero y uno”.

Hacía varios años que Olga venía a limpiar a casa. Dejaba todo impecable. Rápida y enérgica, su caminar al borde de la carrera, su frotar al de la furia. A veces la miraba con la expectativa de que empezara a rebotar contra las paredes. Cuando se iba giraba la cabeza para sonreírme. Aunque me gustaba, las diferencias entre nosotros eran insalvables. Si me hubiera dado cuenta de las estupideces de mi pensar, no me hubiera desbordado la furia cuando la vi entrar en la casa de Coquito. Temblé como en una crisis de malaria, me estallaron dos muelas, cagué a patadas el ropero y tuve que tranquilizarme cuando empecé a sangrar por la nariz. Con la cabeza hacia atrás, tapones de

algodón y tragando entre jadeos, fugazmente comprendí cuánto no me comprendía.

“¡Es divino Coquito!”, gritó Olga sin dejar de trabajar cuando le pregunté fingiendo desinterés. No pude disimular mi desprecio: “Divino, ¿qué tiene de divino ese tipo?”

“Es tan amable, tan educado —dijo ella— a mí me viene bien otro trabajo.”

Mientras Olga fregaba la mesada como si quisiera hacerle un agujero, le pregunté: “¿Quién te recomendó?”

“Nadie, me esperaba en la vereda cuando salí de acá”.

“¡Emboscada, emboscada!”, estuve a punto de gritar.

Olga siguió: “Él lo conoce a usted”.

“Sí, de vista”, dije tratando de aplacarme.

Olga se puso una mano contra la oreja como si sostuviera la radio, inclinó la cabeza, e imitando a la perfección la voz que tantas veces me dijera: “Discúlpeme pero no es de su incumbencia”, o el más reciente: “Cero y uno”, dijo: “Sé que trabajás en lo de Don Mario”.

Si una patada en los huevos puede tener sonido para quien la recibe, a eso me sonó lo de “Don Mario”. Nadie me había llamado así antes. Tenía edad para ser el padre de Olga, pero hubiera necesitado la precocidad reproductiva de una rata para ser el de Coquito. Ella interrumpió mi divague sorprendiéndome otra vez: “No le voy a mentir”.

“No me vas a mentir”, repetí atontado.

“Naaaa — dijo ella sacudiendo la cabeza y dejando la boquita abierta — es más sucio que usted Coquito”. Y vi desaparecer su culo por el pasillo. “Ni siquiera dijo Don Coquito”, pensé.

En los siguientes días logré sacarle más información a Olga: que no la dejaba entrar en una habitación llena de papeles; que recibía cheques de universidades y laboratorios del exterior; que había empezado a cocinarle para que no viviera de hamburguesas y alfajores; y que usaba la misma ropa una semana y la tiraba. Por los comentarios de su vieja había creído que Coquito era un mantenido, y razoné que en su

momento mi vieja habría dicho lo mismo de mí, ya que los antiguos solían mirarme como a un sorete.

Me enteré de muchas cosas por Olga, como del verdadero nombre e impronunciable apellido de Coquito, como que trabajaba sobre algo de un tal Fermat y la conjetura de unos japoneses y relaciones entre curvas elípticas y formas modulares y vaya a saber qué mierdas más. Y también de que sus trabajos se citaban en publicaciones científicas. Por mi cuenta, averigüé que los asuntos a los que Coquito se dedicaba, podían ser entendidos por unas diez personas en la Argentina, y quizás dos mil más en el mundo. Y yo no estaba entre ellas.

Olga dejó de traerme información, empezó a faltar y un día me comunicó que no vendría más: “Me voy a vivir con Coquito”, me soltó, y me quedé suspirando. Esa noche dejé de dormir, porque cerraba los ojos y la escuchaba gimiendo de placer. Nunca eran palabras. A veces “Ah, ah”, a veces “Au, au”, a veces “Mm, mm”. Andaba atontado y varias veces en que me crucé con Coquito me perdí de preguntarle: “Cómo van”. Y aunque los médicos me dieron pastillas, y probé medicinas alternativas y brujerías, seguí escuchando los “Ah”, los “Au”, los “Mm”, y algunos más que se agregaron.

Aguanté así, hasta que un día una vecina me dijo que Coquito se había suicidado. “¿Sabía que era matemático?”, me dijo. Apuré el paso pero la mujer me siguió: “Le faltaba muy poco para terminar una investigación pero un inglés se le adelantó y se quedó sin nada.” Logré meterme en mi casa, pero la mujer desde afuera gritaba una y otra vez: “¡Se quedó sin nada!”

Ese mismo día vino Olga. Nos miramos en silencio hasta que dijo: “Se mató Coquito”. No llegué a preguntarle si necesitaba trabajar. “Me dejó un montón de plata”, me dijo. Luego me entregó la radio que tenía escrito sobre el dial: “0-1”. No supe cuándo se fue, ni cuánto tiempo estuve absorto con la puerta abierta, ni por qué creí que ella no se alejaría. Esa noche me puse la radio contra la oreja, dormí bien y a la mañana la encontré desbaratada a un costado de la cama. Ya no

hago preguntas y la gente ni me mira. Pasa el tiempo, Olga no volverá y me retumban en la cabeza ecos lejanos al otro lado de la puerta: “¡Se quedó sin nada!”, una y otra vez.

## No todo fue pérdida

**E**ra un bigotudo enorme el Morsa. Experto en pinchar gomas y romper vidrios, ofrecía sus servicios para venganzas personales. Ignoraba a las mujeres como un monje guerrero. Prescindía del calzoncillo, usaba pantalones con elástico y mear le llevaba una sentada de media hora. La vieja se había llevado a la tumba su secreto del micropene. En ese transcurrir le llegó un encargo digno del sicariato.

Flora vivía tranquila hasta que un nuevo vecino trajo un perro de ladrido agudo e interminable que le perforaba los tímpanos. Le resonaba la respuesta del tipo cuando se quejó: “¿Y qué quiere que haga, que lo mate?”. Pero la gota que rebalsó el vaso fue enterarse de que él vivía en otra casa, allí solo dejaba al perro. Indagando dio con el Morsa. Él fijó su tarifa y ella en vano trató de seducirlo para ahorrarse la guita. Le molestó que el Morsa quisiera saber el nombre de su víctima. Lo estaba por mandar al carajo cuando él aceptó cobrando un adelanto.

Una mañana Flora despertó incrédula: había dormido bien. Retardó su salida al trabajo para aceptar sin miedo a la decepción la ausencia de los torturantes ladridos. Fue a buscar al Morsa. No contestaban el timbre y esperó en la puerta. Él llegó paseando un perrito marrón que le ladró. Flora entró en furia. Le había pagado para que lo matara no para que se lo afanara. Se le tiró encima, recibió un manotazo que la despatarró y desde el piso le bajó los pantalones de un tirón. Quedó expuesto un pegajoso matorral de pelaje. Él largó al perrito y huyó.

El perrito ladraba muy poco y la miraba como si ella fuera lo más importante del universo. Flora estaba embelesada. Se lo llevó y lo bautizó Mierdita.

Su vecino fue a verla y se disculpó por contestarle mal cuando habían discutido. Flora quería que se fuera por si Mierdita ladraba. El tipo se despidió diciéndole que su perro no la iba a molestar más. Había terminado de arreglar la otra casa y se lo había llevado. Flora se quedó en blanco.

El Morsa daba vueltas y vueltas pensando qué hacer hasta que el timbre interrumpió su letanía. Atendió dispuesto a llenarle el culo de patadas a un testigo de Jehová y encontró al perrito atado al picaporte. Al día siguiente Flora encontró a Mierdita atado a la reja. Así se cruzaron al perro una y otra vez.

Flora perdió la paciencia y encaró al Morsa exigiéndole que se dejara de joder. Él le dijo que el perrito era de ella por una cuestión inapelable: botín de guerra. Se puso colorado y jadeando susurró con la mirada perdida “Mi secreto... te tengo que matar”. Flora le gritó que no sabía de qué le hablaba. El Morsa comenzó a bambolearse y ella se fue dejándole a Mierdita.

Flora no se iba a esconder por una amenaza y tenía que ir a trabajar. Buscó el revólver de quebrar del abuelo, un lechucero de calibre miserable. Recordó una de las sabias frases de su padre, “Solo hay que apretar el gatillo”. Caminando a la parada del colectivo se le interpuso el Morsa con cara de espanto. Le dio lástima, pero cuando él levantó un hacha, ella le gatilló sin resultado hasta que el Morsa se perdió de vista en corrida frenética.

Flora volvió a lo del Morsa acompañada por un cana retirado y se encontró con un cartel de alquiler. Llamó y le contaron que al Morsa lo habían encontrado tirado. “Un bobazo”, le dijeron. Flora les preguntó por Mierdita y le cortaron. Le pareció ver a Mierdita suelto. Falsa alarma. No podía olvidarse de Mierdita porque además de ima-

ginarlo por todos lados lo soñaba. Se cayó en la parada del colectivo y una rueda le pisó el pelo. La ayudaron a levantarse y alguien le dijo haber visto un reflejo parduzco a sus espaldas. “Mierdita”, pensó Flora. Soñó muchas veces con Mierdita que se le acercaba gruñendo y se desvanecía en volutas.

En el último sueño Mierdita le mordió una gamba. Sin herida, medicaron la magulladura. En horas le subió la gangrena hasta las verijas. La internaron y los cultivos dieron bacterias fecales. “Mierdita”, pensó Flora. Los antibióticos fallaron. La agonía le dio tregua y recordó la vez en que creyó que Mierdita la miraba como si fuera lo más importante del universo. Concluyó que lo más importante del universo lo había puesto ella en los ojos de Mierdita. Se fue dando cuenta de algunas cosas más y aunque era tarde para su cuerpo, no todo fue pérdida.

# La patria

**A**ndrajoso y hambriento. Demasiados hermanos. El campo no da y el patrón me mira feo. Pasa la leva para la guerra. Quieren verme pelambre en las pelotas. Una cruz en un papel. Monta ligera y redomona. Los viejos me miran por última vez. Una boca menos. El rancho se pierde atrás. Los bichos del adobe ya no encontrarán mi jergón. De los tábanos y mosquitos no se zafa. Entre extraños el sufrimiento se me achica.

Levantamos más reclutas por el camino. Hacemos noche entre fogatas. Meamos y cagamos ahí nomás. Nos siguen perradas busconas metiendo barullo. Al llegar, un palo a cada uno y a darse. Aprender en más de un día cuesta la vida. Después una punta de hierro para la tacuara.

Juntan los caballos, les hacen conocer la pólvora. El sargento dice que los mejores van atrás para atajar a los que reculen. Yo no estoy entre los mejores. Lo prefiero. Hablan mucho de los latones con silbido de fusta y corte de hacha que usan los otros. El sargento no nos mira y acariciándose una bruta cicatriz aconseja “Tienen caballos pesados, no se dejen pechar” y también “Esquiven y metan chuza”. Fijo en la fogata, callo.

Vamos al sur. Dicen que los porteños son tantos que no se conocen. Dicen que si tardamos llegará el frío. Meten miedo las cosas que cuentan del frío. Que el agua se pone dura y otros bolazos. Estamos cerca. Viene una escolta con bandera blanca, tintines y brillos. Se jun-

tan con el mandamás. Hablan, se ríen, chupan y se van. El sargento escupe y levanta los ojos al cielo.

Nos discursa un teniente. Estrena uniforme. Limpio, afeitado y con olor a flores que no conozco aúlla al cielo “La patria esto, la patria lo otro”. Nos dispersan. Otro oficial lo abraza. Se festejan. El sargento bufó.

Amanece en silencio de asombro. Ni pájaros ni viento. Tremendo vacío y miedo. Poca comida y mucha caña. Esperamos. Nos llegan explosiones y griterío. La chuza se pone resbalosa. Un cumpa me ata mejor el hierro. Gritos de guerra. El corazón se me va a la garganta. Atropellamos un entrevero entre el polvo. No me veo ni las manos. Los ruidos se juntan en trueno interminable.

Pellizcos, tirones, ahogo. Estoy en la oscuridad, pero siento el sol. La boca ardiente y un silencio mayor. Muevo una mano. Aleteos. Tibiezas blandas me cuelgan de la barriga. Más tirones. Tengo los caranchos encima. Se me viene la estancia que dejé, la vieja siempre preñada y triste, los ojos del patrón sobre las hermanitas, el Tata bravo de entre casa, el humo que se pega.

Arrastre, sacudidas. Los perros. Aún vivo, creo. No duele. Más oscuro que la oscuridad más silenciosa que el silencio. Y la quietud en que me hundo, de la que quiero más y más.

## El relato

Tenía claro el relato, y como las mentiras no se pueden construir desde la nada, los fragmentos de realidad ya se ordenaban en mi mente. Varios artesanos me habían ofrecido sus puestos para vender mis láminas. Ya había probado la eficacia del relato con ellos. Ahora quedaba hacer las láminas. Con esponjas y acuarelas, pinté el fondo y tracé líneas. Hice varias y en la feria desplegué una. Un tipo señaló mi lámina y con escaso esfuerzo por ocultar su desdén preguntó “¿Qué significa?”. “Nada”, contesté. Los artesanos guardaron silencio y su expectación se transmitió los paseantes cercanos. El tipo no decía palabra y tuve que ayudar: “Sirve”, le dije. Y por supuesto reaccionó: “¿Para qué sirve?” Gesticulé como si me costara creer lo que había preguntado y agregué: “Es difícil de explicar, y largo...¿no lo ve?”

El tipo examinó la lámina, al igual que todos los que nos rodeaban. Algunos artesanos se acercaron, la presión se sentía y me pareció que el tipo se escaparía. “Sale el equivalente a 100 dólares”, contesté a la pregunta nunca hecha. El tipo me miró como diciendo “metétele en el culo”. Le dije: “Es especial”. “Pero difícil de explicar, y largo”, agregó burlón. Entonces le cuento: “Los hace una bruja que era hermana de mi bisabuela. Yo sabía de su existencia pero no imaginé que estuviera viva. Se me apareció en casa, me hizo una lámina, y ...” Me fastidió como si me estuvieran haciendo perder el tiempo y agrego: “Tiene algo que ver con los estados expandidos de conciencia, con la inteligencia, con el poder. Desde entonces...en fin... —me demoro

en las caras de quienes nos rodean, tratando de pasar por los ojos de cada uno — a veces no puedo evitar ver a los demás como si fueran una manada de chimpancés. ¿Me explico?”

Es él quien toma la iniciativa: “¿Siempre estás acá?”. Cambio a un tono más mundano: “Cuando la bruja pinta”. El tipo se aleja como pidiéndole permiso a un pie para adelantar al otro. Ya no tendré que ocuparme del relato. En minutos vendo todas las láminas y le ofrezco un porcentaje al dueño del puesto: “No hace falta —me propone— cuando vendas algunas más, me das una”. Correspondo a su sonrisa de sandía, estrecho su mano peluda y me voy.

Lo demás voy a contarle muy rápido: dejé pasar una feria, en la siguiente me aparecí con 15 láminas y expuse una, dejando las demás enrolladas. Había mucha expectativa por mi llegada y comencé a vender. El tipo de la primera vez llegó casi final y pretendió que le reservara una mientras iba a buscar plata. No acepté, terminé de vender y me fui. Camino a casa me di cuenta de que me seguía. Dejé pasar dos ferias más y volví con 20 láminas que vendí en menos de dos horas. El tipo llegó al final y me dijo: “Quiero conocer a la bruja”. “Imposible”, contesté, y cuando iba a insistir lo corté: “Dejáte de joder”. Me volvió a seguir mientras me hacía el distraído y la siguiente vez el tipo me observó de lejos. Estaba demacrado, como malamente enfermo. Cuando me fui, me llevé sus ojos clavados en la espalda y llegué a casa con la sensación de que había provocado al destino.

Dejé pasar varias semanas antes de volver a la feria, para llevarme la sorpresa de que el tipo estaba vendiendo unas láminas un poco mejor pintadas. Las láminas eran un engaño, pero no podía soportar que me robaran el relato. Me fui tropezando con mi propia furia y decidí que el próximo fin de semana yo lo seguiría. Necesitaba saber más de él para vengarme. Así lo hice, y me di cuenta de que se había dado cuenta, y de que se hacía el distraído con su cara de infeliz rencoroso hijo de puta. Y cuando entró en nuestra casa no nos atrevimos a mirarnos. No habría venganza. Nada podía hacernos más daño que el que nos hacíamos desde siempre.

## Los cactus y los yuyos

**D**oña Cata era viuda desde hacía mucho tiempo. La casa era de ella. Había tenido un hijo que vivió hasta la adolescencia. No le quedaban conocidos en el barrio. Los pisos de madera estaban ondulados por la humedad y con tablas faltantes, rajaduras en las paredes y una letrina al fondo. Usaba un orinal y aunque lo tenía al lado de la cama le costaba tanto levantarse que no llegaba. Unas jaulas oxidadas colgaban vacías en la galería frente a la puerta de calle. El cardenal había sido el último en morir. Baldosas amarillas con guardas negras y decenas de macetas con cactus y yuyos, los únicos que aguantaban sus olvidos.

Rengueaba por una hernia que a veces alcanzaba el tamaño de un melón. Entonces se acostaba de espaldas y presionaba hasta que desaparecía en su vientre. Cuando salía a hacer alguna compra parecía una tortuga apurada. Tenía un sobrino que no conocía y que se le apareció un día con su mujer y tres mocosos gritones. La mujer inspeccionó la casa, mientras su sobrino decía “qué espaciosa”, “deber ser difícil de mantener”, “¿no le da miedo estar sola?”. Al irse, la esposa señaló los rieles oxidados al costado de la puerta: “¿Se inunda?”. Ella asintió a pesar de que la última vez había sido 30 años atrás.

Desde entonces una vez por semana pasaba su sobrino o la esposa. Como el timbre no funcionaba, golpeaban la puerta hasta que no tenía más remedio que atender. No los hacía pasar, no los invitaba a tomar algo, escuchaba sin contestar dos o tres frases referentes a la casa

hasta que se iban. La mujer traía a los chicos, que se escurrían hacia adentro para meterse por todos lados. A pesar de su frialdad volvían una y otra vez. Una noche la despertó un estruendo. Estaba acostumbrada a que desde el techo se desprendieran plastrones de revoque. Forcejearon con la persiana y se levantó a espiar. Por la mañana, sacó del ropero la escopeta que fuera de su esposo. Encontró algunos cartuchos enmohecidos y le llevó uno al verdulero para que le dijera cómo conseguirlos. Él preguntó: “¿Necesita muchos?”. “Con uno alcanza”, dijo ella. Por la tarde le regaló cuatro.

Cada tanto entraban hasta la galería, forcejeaban las persianas y pateaban alguna maceta. Aunque no era creyente fue hasta la parroquia y le planteó al cura que a su muerte quería que su casa quedara para la Iglesia. No le pidieron fe de bautismo. Le mandaron un abogado, la llevaron con un escribano y firmó. Seguían pasando una vez por semana su sobrino o la esposa. Ella una vez le preguntó: “¿Nunca le entró nadie?”. Doña Cata le sonrió por primera vez: “Hace mucho”. Un día sonó una detonación mientras las mujeres estaban en la puerta. Uno de los chicos tirado, sangre y muchísimos gritos. Más tarde le explicó a la policía que tenía la escopeta cargada por los ladrones. Aunque su sobrino estaba como ausente, la esposa le gritaba: “¿Viste lo que conseguiste?”. No volvió a tener visitas, ni de día ni de noche. Pero estaba segura de que iban a volver cuando el tiempo alejara la tragedia, cuando ella no estuviera. Y sonreía regando los cactus y los yuyos.

# Larga callada

—Una sola vez maté. Era un hombre que huía. Después vi un fogonazo y corrí.

Hizo una larga callada, como viendo.

—¿Todavía tiene el arma?

Negó con la cabeza.

—No tengo nada y usted lo sabe.

—¿Se arrepiente?

Sonrió.

—No. Hasta dudo de que haya sido yo.

Larga callada. Me había acostumbrado a hablar por etapas.

—Es la primera vez que lo cuento.

Larga callada antes de seguir.

—El fogonazo es lo que mejor recuerdo, no de ese momento, de toda mi vida es lo que mejor recuerdo.

—Se cagó en las patas.

—Me tocaba buscando sangre.

—Y no le contó a nadie.

—Hasta ahora.

—Quizás no haya sido porque sí.

Desechó mis palabras con un gesto y se mandó otra larga callada.

—¿Y el fogonazo?

—Ese ir y venir frenético, siempre haciendo, de un lado a otro como pollo sin cabeza.

—Viviendo.

—Haciendo nada.

—Viviendo. ¿Por qué llevaba el arma?

—Estupidez, juventud.

Larga callada.

—Qué viejo estoy.

—En tan poco tiempo.

—No podía contarle.

—Solo a sí mismo.

—Solo a mí mismo.

Larga callada.

## Aprender primero

S alí al parque y me extrañó lo limpia que estaba una de las ventanillas del auto, luego vi el capó abierto. Reponer un vidrio, la batería y la radio. Mucha plata. Miré al perrito, tan tranquilo. Habían entrado, y se habían tomado su tiempo. Levanté y mejoré el cerco, y durante días llovieron piedrazos.

“No compres todavía”, fue el consejo. “Buscate un instructor, aprendé primero. Puede que hagas un disparo y no quieras más, puede que seas tirador de pistola y no de revólver. También puede que el instructor te consiga algo bueno y barato, de algún salame que compró antes de tiempo”. Demasiado caliente para consejos, compré, tiré un poco y esperé. No iba a tener que encerrarme, ni espiar escondido, ni esperar a la policía media hora para verlos anotar boludeces en una libretita.

Una noche desperté en sobresalto, saqué el 357 y lo verifiqué. Me asomé al hall. La puerta de los chicos estaba cerrada. Desde la ventana vi a alguien en el parque. “No apuntar a nada que no se quiera destruir”, recordé. “No poner el dedo en el gatillo hasta el momento de disparar”, recordé. Una corrida silenciosa, y disparé. “¡Soy yo, soy yo!”, me detuvo la voz de uno de mis hijos. “Llevá estas balas, lo que tocan lo matan”, recordé. Él esperaba paralizado e ileso. “Qué boludo”, dije. Mi hijo murmuró algo o tal vez me pareció.

“Te van a dar muy poco”, me dijo el armero. Asentí viéndolo volcar y cerrar el tambor, apuntar, sopesar. Al final suspiró: “es un

fierrazo, ¿seguro?”. “Totalmente”, dije sabiendo que me cambiaba de bando. Asistí a otra sesión de manoseo que terminó cuando dijo “una obra de arte” y lo puso en la vitrina. “Me lo sacaron de las manos”, dijo cuando fui a buscar mi parte, y agregó “llevá uno de éstos”, mostrándome una estilizada hacha negra. “Es un tomahawk táctico. A un soldado yanqui se le ocurrió que era más sencillo que el cuchillo. En Estados Unidos los compran los chicos por correo”.

“Allá”, dije. “Allá compran de éstos, o sables, pero a los 16 piden: a gun dady, please”, rió atiplando la voz. “Los de plata”, dije. Negó con la cabeza: “clase baja, la gran mayoría. Por eso el mercado es tan grande, allá.” Y siguió: “venden un rifle para chicos, 22 monotiro, 120 dólares. Suben a Internet los videos de los nenes abriendo los paquetes: thank you dady, thank you mom”. Suspiré y él siguió “hace poco un pibe de 8 años mató a la hermanita de 4”. Estuve por decir algo pero me atajó: “vaya a saber qué le hizo la pendeja”.

A veces es peor aprender. No quiero estar en contra. Me quedé con las cinco balas que no disparé. No las miro, no las toco, trato de no pensar en ellas. Están.

## Vivir algo

Desde que el pendejo estaba en silla de ruedas, pasaba mucho tiempo con su vecino, el viejo Mosca. Lo dejaban unas horas en la vereda, para que viera un poco de calle. El viejo hablaba riendo a carcajadas. “Míremelo Don Mosca”, le decía la madre. “Te lo miro desde que tenías doce años”, murmuraba el viejo en la oreja del pendejo, que no contestaba ni hacía un gesto. “Yo sé que alguna que otra neurona queda por ahí”, reía Mosca. Al menos una vez al día, se hacía el olvidadizo: “¿Cómo fue? Cruzaron en grupo, nadie miró, y ¡pumba!”, reía el viejo Mosca. “Y pensar que tenías toda la vida por delante”, trataba de suspirar el viejo Mosca entrecortado por la risa. “Ya te vas a acostumar pendejo, la gente se acostumbra a todo”.

Cuando venían los piqueteros, el viejo Mosca salía con la escopeta y los increpaba: “¡Vayan a laburar hijos de puta!”, y volvía junto al pendejo para explicarle: “Entre mi edad y el cangrejo que estoy criando, si mato a alguno me tienen que dar domiciliaria”. Cada tanto, le dejaba la escopeta en el regazo y le decía: “No podés jugar al fútbol, no podés garchar, pero podés agarrar una escopeta, ¿ves?, primero dispara éste caño, después éste”, reía el viejo Mosca. “Yo me fíaba a tu abuela”, le decía buscando un gesto, “pero no te preocupes, no tenemos nada que ver”, y seguía: “no va a tener tiempo el tiempo para enseñarte. Qué liberación no tener destino, ¿no? Una buena tenés a favor pendejo, no interrumpís cuando te hablan”, reía el viejo Mosca. “Los romanos

la tenían clara, se mataban con su espada”, y dejándole la escopeta repetía: “este caño primero, después éste”, pero el pendejo, con su cara de cera, no decía nada. El viejo se preocupaba: “¿no nos vio nadie?, no quiero que tu vieja piense que soy una mala influencia”, y riendo seguía, “¿te conté de una vez que violé a una piba? Sí, con los muchachos se nos fue un poco la mano, era muy chica y se nos murió”, reía el viejo.

En uno de esos episodios el pendejo le metió un escopetazo. La vereda se hizo un enjambre. El viejo recuperó la escopeta y dijo riendo: “se me disparó”. Cuando se volvieron a ver le dijo: “tengo respuestas tontas para preguntas ausentes: al primer caño le puse un tercio de la carga sin perdigones, se suponía que el segundo era para vos”, pero el pendejo ni lo miraba, “de todas formas, simbólicamente me mataste”.

Apenas se enteró de que el viejo había muerto, el pendejo quiso verlo. “Me vaciaste, hijo de puta”, pensó. Entonces mejoró algo, y vivió un poco.

## Algo grave

Fueron los últimos en irse. Las napas subieron, hacía años que los sótanos eran malsanas piletas hundidas en la oscuridad y los vecinos habían abandonado sus propiedades, pero él tuvo la esperanza de que el fenómeno se revirtiera. Ahora el agua brotaba de la tierra. Habían perdido la casa. El gobierno repartió casillas y subsidios a mujeres con chicos. Él, con su mujer, su hijo adolescente y su viejita, no entró. Ni un respiro tenía. Gente de un partido de izquierda, los cargó en un camión y los dejó en un terreno. Les dieron palos, maderas y cartones, que forraron con bolsas de basura para levantar un techo. Su mujer acompañó a la viejita hasta las letrinas. Las preguntas que su hijo ya no le hacía, le surgían como el agua que había tapado su barrio. Los de la parroquia llevaron comida. Fue a la zona bancaria con su último valor, el revólver. Una vieja en equilibrio sobre los tacos, interceptada lo miró, y la cara se le hizo un fuego.

—¿Se siente bien?

Un policía le apoyó la mano en el hombro, él se tambaleó.

—Siéntese en el suelo que llamo una ambulancia —le dijo. Él pensó: “si me desmayo, van a encontrar el fierro”. Sonrió, se fue reponiendo.

—Ya pasó, gracias —dijo alejándose.

—¿Seguro? —preguntó el policía.

—Cuidese —recomendó la vieja.

Al llegar, su mujer le cedió una silla. Su hijo le contó que el dueño del terreno había conseguido el desalojo:

—Los zurdos dicen que hay que resistir, que van a venir militantes y la televisión.

Él asintió:

—Vamos a pelear.

—Yo también —dijo su mujer.

Él miró a su madre:

—Usted viejita, se me queda en la retaguardia.

Sonrieron por primera vez en mucho tiempo. Esa noche en las letrinas, pensó: “Mañana será un descontrol, volarán piedras y palos, quizás nos saquen, quizás no”. Y tiró el revólver al pozo, no fuera que en un arrebato pasara algo grave.

## Jugador precoz

**E**l niño inquieto que llevaba las negras podía consagrarse Gran Maestro. Si la partida resultaba audaz y vistosa, sería “la inmortal de fulanito”. Él, resignada gloria de otros tiempos, acomodó milimétricamente sus piezas por enésima vez. Si el nene terminaba llorando sería incómodo. Tenía un prestigio, esto era su vida.

El ajedrez, tan implacable como el tiempo, requería mucho esfuerzo y él estaba cada vez más débil. Anunciaron la partida, estrecharon manos, el nene activó el reloj y él abrió el juego con la Ruy López. El desarrollo fue maquinal. A este nivel era imposible sacar ventaja en la apertura. Enrocaron y evaluó un sacrificio para abrir una columna. Lo sorprendió la inquietud del Caballo. Su rival le pareció mayor. Trató de disimular.

Rompió el centro y sintió la inquietud de las piezas, pero se forzó a jugar. Le aceptaron un Peón y fue como perder a un camarada. Enfrente, el hombre que jugueteaba con el cadáver desvió la mirada con desdén cortés. La desventaja material se compensaba con desarrollo y espacio. Con miedo creciente rompió enroque negro sacrificando al Caballo. Tardó en recuperarse, era su reloj el que marchaba. Su canoso oponente estudiaba la posición con ferocidad tranquila.

Se estiró para ver mejor. ¿La mesa había subido, la silla había bajado? El Rey negro al descubierto, la torre a dos movimientos, Reina y Alfil en la diagonal mayor y el Caballo del flanco Dama para sal-

tar al centro. Calculó variantes e intercambios. Las piezas se resistían quejasas y al advertir un doble tuvo un sacudón final y un amasijo de arrugas manchadas jadeó sujetándose los temblores frente al precipicio del tablero.

Su papá lo sacó de allí antes del colapso. Después le dieron la partida por ganada. Es frecuente la aparición de jugadores precoces. Pocos saben que siempre son los mismos.

## A ligar

—Vos también, la plata.

—Con pistola de plástico no.

Cuando el gordo salió, el ladrón estaba a dos cuadas. Volvió escupiéndolo los pulmones y le mostré el chocolate por la mitad:

—Cuánto.

El gordo negó y resopló:

—Cómo.

—Esas réplicas son muy buenas, sin tocarla...

Me miró mal.

—Corro tan rápido como aquél —avisé.

Sonrió:

—Ya la vas a ligar.

—Todos la vamos a ligar.

Venganza o coincidencia, plástico o verdad, nada que ver o todo.

Él no me reconoció; yo, cuando estuvo muerto.

Vecina temporaria, tatuada motoquera musculosa, extraña construcción de belleza sonrío, acepta. Su nena desmiente la primera impresión y me ignora con maldad inocente. Su hermano sin réplica finge desconocerme, y yo también. Trampa, trampa, trampa. Qué inauténtico, ella no. Quiero voltearme a esa hembra masculina y ver qué queda.

Interesante, ligado sin poder acusar algo saqué. “Muy peligroso”, me doy cuenta al final. “Por las dudas”, me dicen sin réplica.

Todos la vamos a ligar.

## Doble fondo

Entre la basura, la caja le llamó la atención. Si hubiera estado sucia no la hubiera tocado. Pesaba demasiado. Fue fácil abrirla. Vacía, sin ornamentos, madera barata. La inspeccionó mejor en su casa con la esperanza de que tuviera un doble fondo. No lo encontró y se fue a dormir. Soñó que la caja tenía lingotes. Despertó y en calzoncillos fue hasta ella. No le encontraba la vuelta y pensó en romperla, pero era muy tarde. Soñó que de ella salía un polvillo que lo mataba. Fue hasta la caja y se sobresaltó: había cambiado de posición. Se fijó bien cómo la dejaba y volvió a la cama.

Se levantó varias veces más a mirar la caja, luego de soñar que contenía las cartas perdidas de un prócer, dólares, diamantes, o un genio con sus tres deseos. Agotado a la mañana estuvo por romperla pero su mujer dormía. Al volver del trabajo, faltaba la ropa de ella y en la mesa de la cocina una nota: “No me busques”. En el patio, la caja destrozada y un martillo. Por suerte en la heladera quedaba una cerveza. Armó la parrilla y prendió las astillas. Sin llama, el humo se expandió. Manguereó pidiéndole a los vecinos que no llamaran a los bomberos. Tardó en dejar de humear.

Esa noche no soñó, sin embargo fue varias veces al patio a ver los restos ennegrecidos. Pasó el día siguiente sin saber qué hacer. Intentó tirar todo, pero se descomponía al juntar los pedazos. Así tres veces hasta que supo, y rearmó la caja con clavos y pegamento. Antes de terminar anotó algo en un papel y lo dejó en el doble fondo. No quedó

bien, reconstruida pero entera. Fue a trabajar y al volver encontró todo tal cual, excepto la posición de la caja. Asintió. Esa noche la dejó donde la había encontrado. Iba a decirle algo a la caja, pero comprendió que no y se fue.